

Amenaza de caos ecológico y proyectos de emancipación *

Ante la explosión de desigualdades en el mundo, a lo que se suma la degradación de los ecosistemas, surgen algunas preguntas inéditas. ¿Cómo traducir en actos el rechazo del proceso que nutrió la doble dominación de los humanos y de la naturaleza, y que amenaza de ahora en más la existencia de una vida humana en el planeta? ¿Cómo convertir el reconocimiento de la finitud del mundo, de las amenazas de un caos ecológico, en la chance de una metamorfosis en lugar de una carrera hacia un precipicio? ¿Cómo librarse del miedo a la limitación, del temor a una restricción de la libertad — espantapájaros exhibidos por un liberalismo bienpensante— para conjugar, al contrario, estos límites con los deseos de emancipación?

¿Crisis ecológica o desmoronamiento de los ecosistemas?

* Fuente: [Reinventar la izquierda en el siglo XXI](#), pág. 385 y sig.

No estamos viviendo ninguna “crisis” ecológica. La irreversibilidad de ciertas destrucciones y la cantidad de contaminaciones son hechos que hacen inimaginable una vuelta a un estado normal previo a la “crisis”. Las consecuencias de la catástrofe nuclear de Fukushima, en gran parte subestimadas e imprevisibles, están acá para recordárnoslo dolorosamente. Del mismo modo, el cambio climático ha comenzado, los gases efecto invernadero, cuya longevidad no puede ser modificada por decisión humana, se han acumulado en la atmósfera y continúan dispersándose, mientras la biodiversidad disminuye a un ritmo que nada tiene que ver con el ritmo natural de las pérdidas y recomposiciones de lo vivo. Frente a tales acontecimientos, pensar el porvenir del mundo no puede seguir siendo confundido con la creencia en un largo camino de la humanidad hacia un perfeccionamiento continuo de las sociedades y de los humanos. La regresión y las catástrofes en curso no pueden ser ignoradas, ni tampoco ser consideradas como pasajes necesarios para un futuro mejor.

El desmoronamiento ecológico es un acontecimiento que revela tanto la descomposición de las formas de sociedades y de organizaciones económicas —que fingen ignorar su inscripción en la biosfera—, como los vínculos indisolubles que unen humanos y ecosistemas. Tales modelos parecían viables en el tiempo en que los límites ecológicos podían expandirse y desplazarse hacia otros espacios que conquistar, hacia nuevos territorios que colonizar, o bien mientras dichos límites podían ser reducidos en lo local y lo temporal por inventos técnicos. Pero la globalización económica y financiera, al querer expandir estos límites, los ha revelado paradójicamente tal como son.

Esta catástrofe no es un momento dialéctico en pos de una salvación que abriría una nueva configuración del mundo al modo en que lo enseña la tradición hegeliana, un mal que engendraría un bien, un desastre previo a una transformación revolucionaria. Esta catástrofe no solo manifiesta desarreglos en el mundo, sino una vacilación del mundo mismo, un temblor de las sociedades humanas, amenazadas por su propia desaparición o por perder lo que las hacía ser humanas. No estamos tampoco en una época de consideraciones metafísicas sobre el fin del mundo, sino en una de la percepción de un fin posible o más bien, para evitar cualquier catastrofismo ideológico y cualquier quimera religiosa, en la época de una alteración radical del mundo. No basta entonces con desear transformar el mundo, es también necesario conservarlo frente a fuerzas destructivas que no dudan en hacer tabla rasa de las construcciones humanas que hacían posible un mundo común. Sin duda, podemos temer la tentación de actuar solo en miras a conservar el mundo en lugar de querer edificarlo, pero habría otra tentación tan temible como aquella, la de negar lo real, con el pretexto de que la acción y la técnica humana podrían transformarlo y reconstruirlo infinitamente.

Comunidad de destino y comunidad política

El desmoronamiento ecológico se burla de las fronteras, es global, aun si solo se deja sentir localmente, dentro de un mundo vivido. Contribuye a hacer de la humanidad una comunidad humana global que comparte una comunidad de destino. Y no se puede encarar este destino con independencia de los otros seres vivos y del

resto de elementos que hacen la vida humana posible y deseable. La categoría abstracta de “humanidad” reviste de esta manera una forma concreta, la de los pueblos de la Tierra, pero sin ser una categoría política portadora de un sentimiento de pertenencia. La degradación de los ecosistemas o el cambio climático son indiferentes a las pertenencias sociales o nacionales. No obstante, la acumulación de riquezas y su concentración en algunas manos aceleran la destrucción del planeta, mientras los efectos de aquellos trastornos acrecientan a su vez las desigualdades, precarizando a los más pobres y reforzando los efectos de dominación. Esta comunidad de destino, sin abolir en absoluto ni las diferencias, ni la diversidad, ni los conflictos, ni las relaciones de poder, les confiere otra dimensión.

Sabemos muy bien que el avance del capitalismo y los trastornos ecológicos están íntimamente ligados. Pero esta afirmación no significa deducir el desmoronamiento ecológico del proceso capitalista y de las situaciones de clase. Desde luego, el modelo capitalista de producción y consumo, sus creencias, sus representaciones y su universalización, han terminado por encoger el mundo hasta un punto difícil de imaginar tiempo atrás, y por hacer triunfar la escasez bajo una ilusión de abundancia. Y por mucho que la acumulación capitalista prospere en difundir el modelo productivista a otros países que no son los viejos países industriales, hoy más que nunca la sobrevivencia de este modelo depende de excluir a poblaciones enteras de los beneficios que promete y de saquear definitivamente el planeta. Pero aun reconociendo que los modelos llamados “socialistas” no han resultado mejores —por no contar las veces en que han sido peores— no es concebible entender el desmoronamiento

to ecológico ni el cambio climático manteniéndose en la temporalidad del capitalismo. Cambios mayores y hoy determinantes se produjeron antes de la eclosión del capitalismo propiamente dicho en Europa, cambios religiosos, filosóficos, políticos, geopolíticos, científicos y técnicos, que remiten a una historia más amplia que el solo horizonte del capitalismo. Los términos de la lucha contra el capitalismo, tales como fueron planteados en el siglo xix, son insuficientes, y la creencia en el progreso y en la modernización, erigidos en normas sociales cuasi transcendentales, son más bien candados que puertas abiertas hacia la emancipación.

Hablar de una comunidad de destino, o hablar, como lo hace Edgar Morin, de Tierra Patria,¹ no significa que este destino sea ineluctable. Destino y fatalidad tienen significaciones diferentes. Sería incluso más necesario que nazca y se fortalezca una conciencia planetaria para que los peligros mortales de toda la humanidad secreten, a partir de esta conciencia del riesgo, chances de escapar a la fatalidad. Y nos placería darle la razón a Friedrich Hölderlin cuando dice: “Mas, con el peligro creciente, también crece la virtud que salva”.² No se trata de soñar con una “Tierra Prometida” y con un porvenir radiante que podrían surgir del desastre, sino de habitar la casa común que asegura nuestra sobrevivencia biológica y más aún, nuestro impulso vital y poético.

Eso es lo que expresan numerosos movimientos sociales en el mundo, en su compromiso con luchas que podría-

¹ Edgar Morin (2010), *Terre Patrie*, Points Essais, Points, París.

² Friedrich Hölderlin (1986), *Poèmes, Gedichte*, “Patmos, Au landgrave de Hombourg”, Aubier, Paris, p. 409.

mos calificar como “antisistémicas”, porque critican los fundamentos y las representaciones de los modelos dominantes de sociedad. Tales luchas no reducen la justicia a una mejor repartición de las riquezas, más bien cuestionan la riqueza misma, su sentido, sus condiciones de producción y las modalidades de decisión. Las resistencias a la extracción frenética de las riquezas naturales existen en todos los continentes; expresan el rechazo al extractivismo, que reduce a los humanos y a la naturaleza a meros recursos de los que extraer hasta la última gota de valor económico. Las aspiraciones a la democracia expresadas por estos movimientos manifiestan un rechazo tanto al hecho de estar gobernados por el mercado como a aquel de reducir la política a la acción reguladora del Estado. Se trata en realidad de tentativas de restituir a los ciudadanos la capacidad de imponerse en tanto comunidad y sociedad política, en el tiempo en que las instancias internacionales, que supuestamente representan a esta comunidad política, se encuentran colonizadas hasta la caricatura por los *lobbys* industriales y financieros, como se demostró en junio 2012 de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro.

La era del antropoceno

Lo que la experiencia vivida del cambio climático y la multiplicación de los informes científicos exponen hoy a la vista de todos es el impacto de las actividades humanas sobre la naturaleza. No solo padecemos los caprichos del clima, también hacemos el clima. Así es como vivimos en el tiempo del antropoceno, una nueva era caracterizada por el origen antrópico de las modificaciones mayores del medio natural:

Se podría fijar el comienzo del antropoceno en la última parte del siglo xviii: en ese momento, los análisis del aire encerrado en los hielos polares muestran el comienzo del aumento en las concentraciones mundiales de dióxido de carbono y de metano. Esta fecha resulta coincidir con el invento de la máquina de vapor en 1784.³

Esta era se ha inaugurado con el remplazo de las energías frías y renovables, primero por el carbón y luego por el petróleo, es decir, por la instalación de un modelo térmico-industrial fundado sobre la energía fósil y productora de gas bajo efecto invernadero. Los estudios en torno a la concentración de carbono en la atmósfera hacen aparecer con claridad dos periodos de ruptura: uno a fines del siglo xviii con la extensión del uso de la hulla y el otro después de 1945, con el uso masivo del petróleo. Así fue como la humanidad se volvió una fuerza geológica.⁴ De esto se sigue que la historia de las sociedades, relativamente corta, y aquella de la Tierra, de larga trayectoria, no pueden considerarse indiferentes ni paralelas: los cambios climáticos actuales expresan el cruce de estas historias.

Vivir en el antropoceno significa aceptar —a contrapelo de las ciencias sociales y en particular de la ciencia económica— que la evolución de las sociedades se encuentra sumisa por igual a factores exógenos, a restricciones naturales. Estas ciencias, en efecto, han concebido las sociedades industriales como sistemas aislados, regidos

³ Paul J. Crutzen (2002), “Geology of Mankind”, en *Nature*, vol. Cdxv, n.º 6867, p. 23, 3 de enero.

⁴ Dipesh Chakrabarty (2010), “Le climat de l’histoire : quatre thèses”, en *RiLi*, n.º 15, enero- febrero.

por leyes económicas y sociales. El olvido de la naturaleza es uno de los agujeros negros de la teoría económica:

“Las riquezas naturales son inagotables, pues si no fuera el caso no las obtendríamos gratuitamente. Al no ser ni multiplicables, ni agotables, no son objetos de las ciencias económicas”.⁵

Por supuesto, hoy los modelos económicos intentan revisar estas hipótesis, integrando en los gastos de producción los de degradación del medioambiente. Pero cuando el discurso económico, en contra de su propia tradición, intenta integrar datos ecológicos, lo hace atribuyendo un precio a la naturaleza, como si esta pudiera entrar sin daños en el gran juego del intercambio mercantil y de la equivalencia generalizada, como si existiera una medida común entre las mercancías y los elementos naturales, como si el tiempo biológico fuese equivalente al tiempo económico. La economía verde, lejos de expresar una preocupación por considerar el sistema económico como un subsistema de la biosfera, intenta realizar lo contrario, es decir, la inclusión de la naturaleza dentro del circuito económico.

Del lado del pensamiento crítico, el tomar en cuenta la inserción de las actividades económicas en la biosfera ha sido un tema marginal por mucho tiempo. En efecto, Karl Marx y Friedrich Engels subestimaron de un mismo modo la dependencia de la economía de cara a la naturaleza, así como la forma particular que esta adquiere en el capitalismo. Sus intercambios con Sergueï Podolinski,⁶

⁵ Jean-Baptiste Say (1840), *Cours complet d'économie politique*, t. 1, Guillaumin, París, p.168.

⁶ Véase Juan Martínez-Alier (1982), “A Marxist Precursor of Energy

sabio ucraniano que adoptaba el punto de vista de una crítica de la economía política a partir de la perspectiva termodinámica de las relaciones entre economía y naturaleza fueron interrumpidos. Marx, y sobre todo Engels, siguieron estando impregnados por una concepción mecanicista de estos intercambios entre la biosfera y las sociedades: “Tenemos la certeza de que en todas sus transformaciones, la materia sigue siendo eternamente la misma, que ninguno de sus atributos se puede perder”.⁷

En estas condiciones, el desarrollo de la producción ya no se limita más que desde el interior del sistema capitalista, por la contradicción primaria entre capital y trabajo, y las relaciones de propiedad que le subyacen. El proceso de industrialización y el desarrollo de las fuerzas productivas, que se suponía emancipadores, han conducido a desvalorizar la naturaleza, a reducirla al estado de objeto, y a nutrir un humanismo anti-naturaleza:

He aquí la gran influencia civilizadora del capital: éste eleva la sociedad hasta un nivel en vistas del cual todos los estadios anteriores parecen evoluciones locales de la humanidad e idolatría de la naturaleza. Esta última se vuelve finalmente un puro objeto para el hombre, un simple asunto de utilidad, y no es más considerada como potencia en sí.⁸

Economics, Podolinski”, en *The Journal of Peasants Studies*, n.º 9, pp. 207-224.

⁷ Friedrich Engels (1968) [1883], *Dialectique de la nature*, Éditions sociales, París, p. 46.

⁸ Karl Marx (1857), “Grundrisse”, en *Œuvres*, t. I, “La Pléiade”, Gallimard, París, p. 260.

Sin embargo, tal como lo analizan Jean-Baptiste Fresoz y Fabien Locher,⁹ los debates en Europa a fines del siglo xviii y a inicios del siglo siguiente en torno a los vínculos entre clima y actividades humanas fueron muy agitados, sobre todo en el tema de la deforestación. En los años 1820, muchas sociedades científicas estudian esta cuestión, así como las consecuencias médicas y sanitarias de la industrialización. Pero su olvido y rechazo posteriores ilustran el peso adquirido por las ciencias sociales, preocupadas por eliminar los factores ambientales de la explicación de los hechos sociales. Finalmente, la fe en el progreso científico y técnico, a fines del siglo xix, terminó por sepultar estos cuestionamientos, acreditando la idea de la abolición de restricciones naturales por el progreso de la ciencia.

Después de 1945, estas interrogantes vuelven a surgir. En 1948, Fairfield Osborn dedica un capítulo entero de su obra *Nuestro planeta saqueado*¹⁰ a los riesgos que representa la irrupción de “esta nueva fuerza geológica, el hombre”. Los bombardeos de Hiroshima y de Nagasaki fueron la expresión de la potencia destructora acumulada e ilustraron hasta qué punto la humanidad se ha transformado en una fuerza capaz de modificar y de destruir al mismo tiempo y de un modo radical el medioambiente, siendo incapaz de dominar las consecuencias de sus elecciones. En este caso, la destrucción fue el efecto buscado de decisiones políticas, sin que sus for-

⁹ Jean-Baptiste Fresoz y Fabien Locher (2012), “Modernity’s Frail Climate: A Climate History of Environmental Reflexivity”, en *Critical Inquiry*, vol. 38, n.º 3, pp.579-598.

¹⁰ Fairfield Osborn (1948), *Our Plundered Planet. La planète au pillage*, Actes Sud 2008, p. 42.

mas hayan sido controladas en absoluto. Para el caso del cambio climático, y más ampliamente de los daños ecológicos, las percepciones son más complejas, ya que son consecuencias no buscadas, silenciosas, y muchas veces imperceptibles, de decisiones políticas, económicas y tecnológicas.

Sin embargo, los debates de aquel período posguerra siguieron estando confinados en esencia a ambientes científicos, o incluso a esferas militares, preocupadas en adaptar su estrategia a los desafíos propios de las transformaciones ecológicas. Estos ambientes conquistaron el espacio público en los años 1970, cuando recién se iniciaba el proceso de descomposición al que las sociedades se confrontan hoy. La crisis que conocieron en aquel entonces los países industriales ya era una crisis de la política del crecimiento y del productivismo, una crisis de las sociedades organizadas en torno a la producción y al consumo masivos, y de la transformación de los deseos en necesidades económicas solventes. Las consecuencias ecológicas globales de este modelo, así como el gigantesco consumo de recursos energéticos y mineralógicos que ocasionaron, fueron expuestos en el informe Meadows del Club de Roma en 1972. Nació así una nueva sensibilidad mundial a las cuestiones medioambientales. Esta fue acompañada por una reflexión particular sobre el ecologismo político y por una teoría crítica de las necesidades que radicalizaron la crítica al capitalismo¹¹ y se manifestaron en la emergencia de

¹¹ Véase André Gorz (1975), *Écologie et politique*, Galilée, París, o Guy Debord (1971), *La planète malade*, Gallimard, París, y también Rachel Carlson (1962), *Printemps silencieux*, en *Books, livres et idées du monde entier*, n.º 39, enero.

movimientos ecologistas. Movimientos sociales expresaron entonces, implícita o explícitamente, su rechazo del productivismo: rechazo al trabajo taylorizado, reivindicación de la autonomía y la autogestión, disminución del tiempo de trabajo, crítica del consumo de masa. Este momento parece recordar las primeras horas del movimiento obrero, a principios del siglo xix, cuando reaccionaba contra la degradación de los modos y los ambientes de vida, y contra la destrucción de la cultura popular que conllevó la revolución industrial. El historiador inglés Edward Thompson,¹² en su obra sobre la formación de la clase obrera inglesa, ha exhumado todas estas experiencias, miradas con condescendencia por los herederos del marxismo científico y por la izquierda “progresista”. A partir de ahí, tal como lo analiza Jean-Louis Lavi-
lle, “la desvalorización de la economía popular se sistematiza”.¹³

La ruptura de los años 1980

El agotamiento del modelo ha producido todos sus efectos durante los años 1980. Los países del Norte conocieron ahí el desempleo y la exclusión social masiva mientras que los países del Sur se enfrentaban con la crisis de la deuda. Para atender esta última fueron reforzadas

¹² Edward Thompson (2012), *La formation de la classe ouvrière anglaise*, nueva edición con un prefacio de François Jarrige, Seuil, París. Véase también François Jarrige (2009), *Face au monstre mécanique, une histoire de la résistance à la technique*, l’Homo, Radicaux Libres, París.

¹³ Jean-Louis Lavi-
lle (2010), *Politique de l’association*, Seuil, París, p. 59 y ss.

grandes políticas de ajuste estructural, ocasionando una carrera al abismo del productivismo con el fin de sostener las exportaciones agrícolas y extractivas, desencadenando con ello un desastre social y ecológico.

La respuesta política a esta crisis la dieron las coaliciones neoliberales llegadas al poder, las que buscando recobrar el crecimiento perdido y la potencia, impusieron la globalización económica y financiera a través de políticas drásticas de competencia al interior de las sociedades y entre las sociedades del mundo, además de políticas de reducción máxima de los costos salariales y de libre intercambio absoluto y generalizado. Esta promesa de un mundo liberado de la pobreza y de la guerra fue recibida y aceptada, con algunas variantes, por la mayor parte de las elites políticas y económicas dominantes. El campo del capitalismo se encontró entonces considerablemente extendido: la “reproducción de la fuerza de trabajo” entró en el mundo encantado de la mercancía (protección social, educación, salud), el trabajo se vio reducido a un mero recurso y a una variable de ajuste, que solo estaba allí para asegurar la supervivencia, gracias a la distribución de un poder adquisitivo mínimo y la continuidad del mismo proceso. Al mismo tiempo, lo común, el agua, la tierra, los bosques, la biodiversidad, lo viviente y el conocimiento, fueron sometidos a un movimiento de expropiación que tiene un parangón, por su extensión y violencia, en el movimiento de privatizaciones de la tierra en Gran Bretaña en el siglo xiii.

Pero las políticas neoliberales, al extender este modo productivista al planeta en su conjunto, acrecentaron y acentuaron la presión sobre los recursos hasta un punto inimaginable. La globalización económica, que atacó todos los límites que se oponían a la mercantilización y al

crecimiento infinitos, reveló paradójicamente los límites ecológicos del mundo. La revisión del informe Meadows,¹⁴ casi cuarenta años después de su primera publicación en 1972, deja pocas dudas sobre la situación en la que nos encontramos: los límites del crecimiento fueron franqueados con amplitud, y ciertos umbrales, más allá de los cuales las situaciones son irreversibles, han sido sobrepasados. Un estudio publicado en marzo 2013 en la revista *Science*¹⁵ demuestra que el calentamiento climático reciente “no tiene precedente” y que por su rapidez es incomparable a los períodos de calentamiento anteriores. Al estudiar las anomalías de temperatura a una escala de más de 11.000 años, los autores aportan elementos suplementarios decisivos como para descartar definitivamente la idea de que la causa del calentamiento climático actual sería causada por la variabilidad natural del clima. Nos acercamos al tope de los 400 ppm (concentración de carbono en la atmosfera medida en partes por millón), en circunstancias que la sola chance razonable de no pasar los 2°C de calentamiento climático sería de volver a 350 ppm.

¿Qué sentido para la emancipación y la libertad en un mundo finito?¹⁶

Para abarcar todo lo que las izquierdas y la izquierda en general dicen de la naturaleza y del medioambiente, es

¹⁴ Donella Meadows, Dennis Meadows y Jorgen Randers (2012), *Les limites à la croissance (dans un monde fini)*, Rue de L'Échiquier, París.

¹⁵ Internet: <http://www.sciencemag.org/content/339/6124/1198.abstract>.

¹⁶ Geneviève Azam (2010), *Le temps du monde fini. Vers l'après capitalisme*, LLL, París.

necesario sumergirse primero en el espíritu de la Ilustración. Más allá de la diversidad de pensadores y de los matices que trae cada uno, subsiste del espíritu iluminista la idea de que, gracias al libre ejercicio de la razón, el espíritu humano irá siempre hacia un mayor progreso. La historia está vista en general de manera lineal como cumplimiento de un proyecto de emancipación y de autonomía de los individuos contra normas transcendentales, restricciones y finalidades exteriores. El conocimiento y la ciencia deben salir del ámbito de las especulaciones, porque el objetivo ya no es solamente entender el mundo, sino remodelarlo según designios humanos puros. El neoliberalismo radicalizó esta postura al intentar construir la persona humana fuera de toda determinación, como un individuo omnipotente y autoreferente.

Este proyecto de emancipación, concebido como salida, manejo, dominación y transformación prometeana de la naturaleza, incluyendo a los humanos, es una fuente mayor del productivismo propio de una gran parte de la izquierda y de su dificultad o de su incapacidad para pensar de modo responsable la cuestión ecológica. Pero no solo incapacidad, también rechazo. Y es que al plantear la exigencia ecológica, además de proteger el medioambiente, se trata de definir una nueva relación tanto entre las actividades humanas como entre estas y los ecosistemas. Esto supone el cuestionamiento del conjunto de la subjetividad capitalista y del imaginario de una expansión ilimitada, ampliamente olvidados o subestimados. Proseguir por esta vía equivale a perpetuar la idea de que la acumulación ilimitada de las riquezas producidas es la condición de la felicidad, del progreso y de la justicia, y a mantener la ilusión de una salvación tecnológica. Este proyecto se confronta hoy con la con-

ciencia de la finitud de la Tierra y de su extrema fragilidad frente a la potencia técnica acumulada y no controlada. Se confronta también con los desajustes radicales de los ecosistemas, que ya subrayamos, así como con la crisis energética y alimentaria. De ahí que la ecología se encuentre en el corazón de la crisis de la socialdemocracia.

El fuerte crecimiento de posguerra, que se suponía infinito, reconfortó a la izquierda en su ideal socialdemócrata de corrección de desigualdades por medio de una redistribución de la riqueza monetaria. El crecimiento económico se volvió entonces condición de la justicia y objetivo político de primera importancia. Es verdad que el fuerte crecimiento permitió que los países ricos, durante los años 1950-1960, redujeran ciertas desigualdades sociales, y si bien el consenso sobre los beneficios de un crecimiento ilimitado fue casi general –aun para los socialdemócratas de la época– tales beneficios necesitaban de una acción de corrección y redistribución por parte del Estado. De este modo, tanto los perjuicios del productivismo como la expoliación de los recursos de los países del Tercer Mundo, pasaron por ser un mero juego de pérdidas y beneficios. Este período se basó así en un acuerdo económico y social cargado de graves consecuencias: el intercambio de un acceso al consumo de masa y de una cierta seguridad económica, contra el abandono de la cualidad del trabajo y de su calificación, contra la aceptación de la alienación social en el consumo y contra la ignorancia de los límites ecológicos a la expansión infinita.

Una vez llegada la crisis en el viraje de la década de 1970, el crecimiento económico siguió siendo promovido como objetivo político central, acentuando de este

modo la confusión entre las elites políticas y los dirigentes económicos. Parte de la izquierda apostó su esperanza de crecimiento recobrado al libre comercio generalizado, a la globalización y a la desregulación financiera. Remitiendo todo lo político a lo económico, la izquierda “modernista” creyó poder convertir la globalización económica en un proyecto político emancipador para la humanidad. Pero parece haber ignorado que este modelo, sostenido por las corporaciones industriales y financieras transnacionales, además de ser nocivo en sí por negar toda idea de límite a la expansión del capitalismo, no es universalizable, en particular por razones ecológicas. Dicha izquierda nutre hoy la esperanza de un crecimiento “verde” o de una “economía social y ecológica de mercado”, basada en la creencia de las posibilidades infinitas de sustitución del capital natural por “capital humano” o por capital técnico. La izquierda que promueve una “economía del conocimiento” como nueva fuente de crecimiento parece ignorar que estas actividades no se libraron milagrosamente de la presión importante que ejercen sobre los recursos naturales. De ahí también que el discurso ecológico se encuentre a su vez despolitizado, reducido a una postura ética y a una letanía para un nuevo crecimiento, en un momento en el que las sociedades se encuentran sacudidas por el impacto destructor del capitalismo y de las políticas neoliberales sobre el medioambiente natural y la vida de los seres humanos.

La explosión de las desigualdades a escala mundial, la exclusión radical de una masa cada vez mayor de personas eyectada hacia las periferias del sistema, así como la globalidad de la crisis ecológica y la irreversibilidad de ciertas destrucciones, vuelven estos esquemas de co-

rrección de desigualdades por el crecimiento absolutamente caducos. Lo absurdo de esta lógica, que se enfrenta con límites físicos y sociales, es patente: si nuestro destino sigue alojado en un producir y consumir siempre más, los ahorros realizados en un dominio serán gastados en otro, y la presión sobre los recursos globales no disminuirá, es más, aumentará. Lejos de poder formularse sobre la base de una adaptación de las leyes del capitalismo, la ecología política pasa por una teoría crítica de las necesidades, que reactualiza la crítica del capitalismo. No se trata de sumar voces a los coros de los discursos anticapitalistas, a menudo meros encantamientos, sino de tomar acta de que el capitalismo, que domina concretamente el mundo, se ha vuelto insoportable para el planeta y las sociedades.

En conclusión, negarse a pensar el límite, es decir, negarse a cierto determinismo, también forma parte de la cultura filosófica de izquierda, incluso en sus franjas políticas más radicales, desde que la emancipación y la libertad fueron pensadas bajo la figura de la salida y la liberación de toda determinación previa. Esta negación alimenta formas de antiliberalismo radical que expresan, sin embargo, una comunidad de pensamiento con la creencia liberal en un individuo autónomo, cuya libertad es infinita. Es una de las razones que hace que el cuestionamiento profundo al capitalismo, al liberalismo económico y al productivismo provenga también de una Tierra que ya no puede soportarlos, de la insostenibilidad de un mundo transformado en un amplio campamento de masas desarraigadas.

Es por eso que la catástrofe ecológica puede ser subversiva, siempre y cuando se tome en cuenta todo su sentido. Es un acontecimiento que revela límites no negocia-

bles, que pone en evidencia la parte natural de la condición humana y el rechazo necesario de todo lo que ha contribuido a reducir los humanos y las sociedades a construcciones sociales infinitamente manejables y reproductibles por dioses humanos omnipotentes. Esta perturbación del pensamiento puede ser fecunda, supone nuevas subjetividades, un relato que reconozca el carácter inédito de las preguntas planteadas y se alimente de la diversidad de las situaciones concretas y experimentadas.

Reconocer límites a una expansión generalizada no significa en absoluto someterse a leyes “naturales”, ni abdicar a la capacidad humana de creación. Más bien significa reconocer la capacidad de elegir, e incluso de elegir en el sentido de una autolimitación, en lugar de someterse al infinito proceso capitalista de expansión, que supone la adaptación de las sociedades y de las personas a una ley económica a la cual no se podría escapar. Sería para la izquierda volver a encontrar el camino de lo político, reanudarlo con un pensamiento emancipador, en vez de remitirse a la búsqueda del crecimiento a toda costa. Tomar en cuenta el medioambiente implica indisolublemente una lucha por la preservación de la capacidad de autonomía de los seres humanos, por el rescate y mantenimiento de su hábitat colectivo, por un proyecto democrático de deliberación entre iguales, por una cooperación entre los humanos y de estos con la naturaleza, en lugar de la competición y la guerra.